

VI Certamen de Cuentos Villa de Cárcar

PRIMER PREMIO

Autor: Armando Ruiz Chocarro

LOS HERMANOS DE LA DAGA VISIONARIA

En algún momento de su vida, cuando usted esté en un verdadero apuro, aparecerán LOS HERMANOS DE LA DAGA VISIONARIA para ofrecerle ayuda. Puede hacer lo que quiera, claro está, pero antes lea mi historia. Luego decida.

Mi madre entró a mi habitación con un vaso de café descafeinado con leche.

-No estudies más, cariño. ¡Hala, tómate esto y a descansar!

Cogió el plato con los restos de comida que tenía encima de la mesa y antes de salir dijo:

-Procura relajarte, mañana es un día importante. Estoy seguro de que vas a aprobar. Le he puesto una vela a San Judas Tadeo y además tu padre te echará una mano desde el cielo.

Me dio un beso y se marchó intentado hacer poco ruido. En cuanto me quedé solo, resoplé. Delante tenía un tomo de mil quinientas páginas de derecho tributario que me debía de saber de pe a pa. En teoría, por que en la cruda realidad controlaba media docena de temas, y bastante mal. Un año entero dedicado a las oposiciones, pagando un pastón a un *preparador* incompetente y sin ver apenas la luz del día. Todo para nada. No me concentraba, pasaba horas abstraído –abobado, vamos-, y me atacaba un misterioso y disciplinado sueño cada tres horas.

Media hora más tarde llegó Teresa, mi novia.

-No te voy a molestar mucho, sólo un beso. Te he traído, mi pingüino de la suerte.

Intenté atraerla hacia mí, de repente me había entrado un calentón. Ella se resistió con una tímida fuerza que me animó a seguir.

-Teresa...que buena estás...oh Teresa...

-Manu por favor, que está tu madre en la cocina.

Yo tenía una mano bajo su falda y la otra atrapada en un sujetador de aros duros. Entonces ella se desasíó con destreza y se retiró hasta la puerta.

-Ya vale Manu. En cuanto apruebes la oposición, te deajo.

Ese “te deajo” había sido la expresión más atrevida que había oído de Teresa en cuatro años de noviazgo. Además lo dijo como la que está resuelta a cometer un pecado. Casi me vuelvo loco de excitación, pero ella viendo que me disponía a reanudar mis acometidas me lanzó un beso y se fue de la habitación sin acordarse de dejarme el pingüino de la suerte.

Eran las ocho y media de una fría tarde de noviembre. A las nueve oí la voz de mi madre diciéndome que me pusiera al teléfono. Fui con desgana pensando que serían López o Carreño para ir juntos al examen en el Dyane 6 del primero. Los muy cabrones no lo decían pero yo sabía que llevaban el temario requetemamado. Pensaban aprobar. Dos plazas y ochenta aspirantes. Una de ellas decían que estaba adjudicada de antemano para el hijo de un magistrado del tribunal constitucional llamado Gómez-Urbaneja, un lumbrera con un expediente de matrícula de honor.

-Diga –pregunté esperando oír la voz cantarina de Carreño.

-Hay un sobre detrás del contador de luz. Ábralo.

Y colgó. Era una voz distorsionada grabada en una cinta magnetofónica, sonaba metálica y con tonos graves. Me entró un escalofrío.

-¿Quién era? –preguntó mi madre.

-Carreño.

-Ése mosquita muerta piensa que te puede quitar la plaza. Será iluso.

Bajé hasta el portal. El contador estaba bajo las escaleras. De la penumbra salieron a todo correr la hija de la portera y un joven vestido de militar. Ella estirándose la falda. Alguna que otra vez yo había ocupado el lugar del recluta.

-Hola Manu.

-Hola Belén, me han dejado un recado encima del contador.

Efectivamente, había un sobre. Lo abrí en la entreplanta. Dentro encontré un papel escrito a máquina. Ponía:

“Si quieres aprobar el examen de mañana acércate a la esquina de la iglesia de la Milagrosa, la que da frente al banco Urquijo. Luego, cuando el reloj de la iglesia de las once en punto, entra al callejón de la Sardina y tira allí tu mechero de plata. Solo eso”

Abajo había un sello bien tintado que representaba un cuchillo curvo atravesando un ojo divino. Lo firmaba LOS HERMANOS DE LA DAGA VISIONARIA.

Me quedé petrificado. Desde el portal se oían los entrecortados susurros del recluta y desde arriba a mi madre preguntado “¿Pasa algo hijo mío?”.

En mi habitación pasé la hora más larga de mi vida. Al principio pensé que era una broma pesada, luego, conforme las manecillas del reloj avanzaban, un presentimiento irracional me soplabá al oído que no perdía mucho al intentarlo. Media hora antes de las once ya tenía el corazón acelerado y la espalda sudada. Si no lo hago ahora –me dije-, siempre me quedará la duda.

-Enseguida vuelvo mamá.

-Pero hijo... ¡Con la noche que hace! A por tabaco, seguro. ¡Lo que es el vicio!

Hacía un frío húmedo y el cielo tenía una luminosidad blanquecina que presagiaba nieve. Llegué a la esquina de la iglesia jadeando solo tres minutos antes de las once, apenas me encontré gente. Durante el tiempo que pasé frente al banco y hasta que oí el reloj de la iglesia, no pasó nadie. Luego hice lo que ponía el anónimo: entré en el callejón de la Sardina,

el suelo era de adoquines oscuros y resbaladizos, y conforme te adentrabas en la penumbra iba envolviéndote un olor mezcla de orines y sobras de comida. Saqué el mechero de plata, le di unas vueltas en mi mano -a pesar de llevarlo en el bolsillo su tacto seguía siendo frío-, y lo tiré cerca de la tapia que cerraba la callejuela. Aquel mechero me lo había regalado mamá por el paso del ecuador de la carrera, perteneció a mi padre y me lo dio con la reticencia y ceremonia del que se desprende de un órgano vital. Esperé alrededor de un par de minutos en el fondo del callejón pero lo único que vi fue a unos gatos revolviendo entre los cubos de la basura. Me marché sin estar seguro de si había cometido la mayor estupidez de mi vida. Llegué a casa. Mamá me preparó una bolsa de agua caliente y me metí en la cama.

El despertador sonó implacable a las seis de la mañana. Mamá me esperaba en la cocina en bata colchada. En la mesa tenía café recién hecho y unas tostadas. Comí para no oír aquello de “desayuna, se piensa mejor con el cuerpo templado”. A en punto tocaron el timbre, abajo me esperaba Carreño. Mamá me besó en la frente y dijo:

-Confío en ti, Sé que puedes hacerlo.

No contesté, ni siquiera le devolví el beso. Me monte en el Dyane 6; estaba amaneciendo y en la calle había una fina capa de nieve helada; resplandeciente y muy peligrosa.

El examen fue durísimo, según dijeron, por que yo no tenía ni repajolera idea. Aguanté las tres horas del examen haciendo como si me faltara tiempo. Cuando algún examinador pasaba por mi lado escribía lo que me salía, ya fuera mis impresiones del Barcelona-Madrid del sábado, o mis fantasías sexuales con respecto a una compañera de clase llamada Alicia. De esto último escribí tres hojas de un tirón. De vez en cuando me daba la vuelta y veía a Carreño, dos filas a la derecha, mirándome sospechosamente. Salimos del examen a las doce del mediodía, Carreño, López y yo fuimos a tomar unos potes por los bares de la parte vieja, nos habíamos comprometido a no hablar del examen aunque flotaba en el

ambiente un aire de recelos mutuos. Ya en casa leí en el periódico que habían encontrado a un hombre muerto en el callejón de la Sardina con un cuchillo antiguo -una especie de daga clavado en la espalda, sólo un poco más tarde de que yo abandonara aquel lugar. Sin duda me habían tendido una trampa. Decía el artículo que no había sospechosos ni se conocía el móvil del crimen. Se debió notar mi desasosiego por que después mi madre leyó la noticia y se le notó afectada.

Las notas salieron dos semanas más tarde. Muchos acudieron a la salida del presidente del tribunal cuando fue a poner las notas en el tablón. Se agolparon tras él. Según dijeron hubo muchos gestos de rabia y algún que otro llanto por parte de varias empollonas. Los dos aprobados pasaron para siempre a ser considerados una especie de héroes, de supercerebros que habían superado la más dura prueba por parte de un tribunal inquisitorial. Uno de ellos estaba claro: Gomez-Urbaneja, el hijo del magistrado perteneciente al tribunal constitucional; el otro sí que fue una sorpresa, se llamaba Manuel Sempere Flores y era un servidor. Los *Hermanos de la daga divina*, habían cumplido su parte del trato.

El aprobado me lo comunicó López. Me felicitó sin entusiasmo. Carreño ni me llamó. Tardé mucho tiempo en verle, de ser íntimos amigos a no tener la más mínima relación. Tampoco se supo más del “Asesinato de la daga”, pronto dejó de ser noticia y cayó en el olvido.

Esto pasó en noviembre de 1979, cinco meses después ya ejercía como juez en una sala del tribunal de lo contencioso-administrativo. Pero no crean que todo fue tan fácil, bueno, sí lo fue. A lo que me refiero es a que yo sabía que debía pagar un precio, que alguien en la sombra saldría un día a la luz para cobrar su trabajo. Alguien con tanto poder como para coaccionar a un tribunal estatal, alguien acostumbrado a los negocios sucios en las altas esferas, alguien que tuviera fama de no temblarle el pulso. Y enseguida me vino el nombre de

Escobar. Jorge Escobar había hecho la carrera conmigo y era hijo de Jesús Escobar, un constructor que había levantado todo un imperio de cemento desde la nada. A base de chantajes, decían. Con Jorge tuve cierta relación, nos caíamos bien y de vez en cuando salíamos los viernes juntos de copas. Al acabar la carrera entró a formar parte del consejo de administración de “Pelikan”, la poderosa compañía de su familia. Llegó a proponerme trabajar con ellos, pero yo por entonces quería ser juez, como lo había sido mi padre.

Así que pensé que alguna vez tendría que tragarme mi honestidad y hacer trato de favor hacia la constructora “Pelikan”.

En el 81 me casé con Teresa, en el 82 justo cuando Paolo Rossi marcaba un gol a Alemania en la final del mundial de España, nació mi hijo. Le pusimos de nombre Paolo. Mi hija Esther vino dos años después. Vivíamos felices, tal vez yo por entonces no era muy consciente de esa felicidad, pero visto todo desde ahora, estoy convencido de que sí, de que lo éramos. Aunque siempre planeaba sobre mí la perenne y obsesiva amenaza del chantaje.

Abogados de oficio y fiscales me consideraron con los años un buen juez. Justo, accesible, implacable si llegaba el caso y benévolo sin la ocasión lo requería. Cuando dictaba sentencia declarando culpable a alguien por morosidad, le decía que debía saldar la deuda “sin demora, día a día, como se paga entre caballeros”.

En 1988 se me presentó un caso en apariencia fácil. Un ayuntamiento de la provincia demandaba a una empresa por presión y chantaje. Mi ayudante me puso al corriente de la situación y, la verdad, no se diferenciaba demasiado de otros. Pero todo cambió cuando se personaron las dos partes en litigio. La empresa demandada era “Pelikán”, aunque lo más sorprendente es que el abogado que representaba al ayuntamiento del pueblo era su propio secretario, un tal Carreño. Sí, mi Carreño, mi compañero inseparable en la universidad, mi

amigo desaparecido tras aprobar yo el examen de ingreso en la judicatura. Raro pero honesto, convertido ahora en un eficaz secretario de pueblo dispuesto a buscarme las cosquillas.

-Como en los viejos tiempos –dije a Carreño y a Jorge Escobar al reunirme con ellos antes del juicio.

Carreño no se rió, ni siquiera me tendió la mano para saludarme, Jorge sí, jovial, seguro de sí, parecía ya saber como discurriría el juicio de antemano. Aquel caso, estaba ya casi seguro, iba a marcar mi carrera. Tal vez la fulminaría. Yo iba a desempeñar el papel que se me suponía, el de una marioneta. Eso era lo que indudablemente esperaban Los Hermanos de la daga visionaria.

Durante el tiempo que duró el juicio lo pasé mal. Teresa intentaba ayudarme pero yo no le podía contar mi preocupación. Me encerré en mí, consciente de que me lo había buscado, sabedor de que el día de pagar mi parte del trato estaba cerca. Y llegaron los remordimientos postreros, así, pese a mi buen hacer como juez, había de reconocer que mi cómoda y prestigiosa vida se había edificado en base a una gran trampa.

Pero contra todo pronóstico el juicio se resolvió enseguida. Ningún *Hermano de la daga visionaria* entró en mi despacho reclamando mi ayuda. Las partes llegaron a un acuerdo que yo acepté estupefacto: “Pelikan” debía pagar una cantidad al ayuntamiento en concepto de apropiación de terreno. La cantidad era ridícula para lo que podían haber sacado. Al final todos quedamos tan amigos, incluso Carreño me tendió esta vez la mano, sin embargo al hacerlo bajó los ojos avergonzado. Yo sabía porqué, y algo me revolvió el estómago. Es curioso, ver la corrupción en alguien que tú consideras íntegro es siempre más esclarecedor que sentirla en tus propias carnes

En el 99, en uno de los juicios por estafa contra una inmobiliaria volví a toparme con Alicia, otra condiscípula, aquella que me acompañaba tan complaciente en mis fantasías

sexuales. Estaba radiante a lo que supongo contribuía que se había separado seis meses antes. No tenía hijos, ni las tetas caídas, ni las caderas anchas. El caso que representaba pintaba mal, y ella lo sabía. Me invitó varias veces a salir, y por un momento pensé que podía estar ante la desivernación de los *Hermanos de la daga visionaria*. Volví a equivocarme, cuando terminó el juicio acepté su propuesta de comer en un restaurante cercano a los juzgados. Me habló de su vida, y para mi sorpresa, con pesimismo. Había fracasado como mujer y como abogada. Yo intenté animarle, pero lo que se animó fue una parte de mí que estaba casi tumefacta. Nos estuvimos viendo regularmente en su casa. Y me enamoré; un amor maduro y sosegado, pleno de paseos, confidencias, charlas intrascendentes y caricias aderezadas por el dulce cosquilleo de lo prohibido.

Un día Alicia dijo:

-Me gustaría pasar más tiempo contigo.

Sólo eso, pero yo supe a que se refería. Me lo había quitado de la boca. Por otra parte estaba el problema de Teresa. Veinticinco años junto a mí. Desde que los chicos se habían independizado ya no era la misma, su físico, su lucidez. Había alrededor de ella una aureola de abandono. En muchas de las cenas a las que nos invitaban iba sin arreglar demasiado, su estrella iba apagándose si es que alguna vez había brillado. Decía que no, pero yo sospechaba que fumaba a escondidas tras doce años sin hacerlo y lo que era peor, desaparecían botellas de güisqui del mueble bar.

-Hablaré con Teresa –le prometí a Alicia.

Una tarde de domingo, después de que los chicos se hubieran ido tras comer en familia, me decidí.

-Teresa –dije trabándome un poco.

Pero todo lo que siguió me salió con pasmosa fluidez. Ella me escuchaba abatida, con la mirada fija en como su tenedor daba vueltas a los restos de arroz con leche que quedaba en su plato.

-Lo siento –concluí-, de verdad que lo siento en el alma.

Ya no tenía nada más que decir. Esperé. Ella fue al mueble bar y volvió con una botella de Güisqui. Se sirvió un vaso hasta arriba. Nunca la había visto beber y menos en la mesa. También sacó un cigarro de uno de sus bolsillos pero no lo encendió. Lo sostuvo entre sus dedos jugando con él. Se sentó en la silla cruzando las piernas, su mirada se volvió dura, glacial, sin un asomo de brillo que le diera algo de humanidad. Dijo:

-Hay una cinta de vídeo perteneciente a un banco con fecha del día veintidós de noviembre de 1979. En él se ve a un joven apostado en una esquina, luego entra en un callejón. Media hora después apareció allí el cuerpo de un misterioso transehunte, que, casualmente, había sido un antiguo novio de su madre. También existe a buen recaudo una declaración del presidente de cierto tribunal en el que confiesa amenaza de muerte y presiones para dar el aprobado a cierto aspirante, a su lado el examen de dicho aspirante. Todo un compendio de ineptitud, análisis futbolístico y delirios sexuales.

Nada más. Me sirvió un culillo de güisqui en mi vaso y me lo acercó. Después de tanta conjetura resultaba que *Los hermanos de la daga visionaria* estaban en mi casa. Al menos una parte de ellos. Viendo la extrema frialdad de sus ojos no me costó imaginar a Teresa clavando la daga en el pecho del antiguo novio de mamá; o personándose en casa del presidente del tribunal y amenazándolo de muerte si no me aprobaba. Tal vez primero los sedujo y luego actuó. Aunque también era posible que Los hermanos de la daga visionaria existieran realmente y se crearan entre ellos una macabra red de favores mutuos. Fuera de una manera u otra, el control de mi vida ya no dependía en modo alguno de mí.

-Mañana hablaré con Alicia –dije cabizbajo.

-Eso está bien –me contestó.

Volvió a levantarse regresando con la cajita de caoba en la que guardaba los puros para las ocasiones. Teresa me tendió uno. Primero se encendió ella el cigarro, luego me pasó el mechero.

Mi mechero de plata. El que había pertenecido a mi padre y mamá me regaló en el paso del ecuador.

Le di vueltas. Su tacto era tan frío como recordaba.

Me encendí el puro, aspiré con fuerza y eché el humo. Sabía que a partir de ahora empezaba a saldar mi deuda. Pude oír como resonaba mi propia sentencia:

“Sin demora, día a día. Como se paga entre caballeros”.

FIN